Él te tiene agendada - 3er lugar concurso Temática Tétrica 2020

Diego Arbelaiada

Capítulo 1

El diablo te llamó el... martes.

Tengo hambre, dijo. **Aliméntame.**

Colgó, pero una cosa así no detiene a un demonio. Llamó nuevamente. Y siguió llamando.

Noche tras noche después de la noche hasta que no podía recordar qué día era o si estabas soñando o simplemente sonámbula en la vida.

Lo único que parecía real era la mordida en el estómago, el tirón de tu alma.

Cuando el crujido comenzó en tu cabeza, respondiste el teléfono porque escuchar su voz humeante en tu oído era mejor que las marcas de quemaduras en tu cerebro.

Tengo hambre. Alimentame.

No puedo, dijiste, casi llorar ahora. Llama por favor a alguien más.

Siguió insistiendo.

Lo aceptaste, gimió y tu oreja saltó. Entonces sin opciones fuiste a un restaurante y miraste el menú. Perdiste los pezcados en 2016 y las papas fritas el año siguiente. El vino fue hace seis meses y no has bebido un trago desde entonces.

Vino el mesero y tú quisiste que se fuera a otra mesa, pero él seguía volviendo. Justo como ese maldito diablo. Vos ordenate: entradas y mariscos y papa fritas, no puede olvidar esos mariscos sabrosos, y la comida se amontonó y EL abrió la boca y se atiborró con todo eso.

El ayudante de camarero te miró divertido y dijiste: ¿Qué? Estoy comiendo por dos. No se dió cuenta que no comiste nada. Hiciste la señal de la cruz y tú pediste la cuenta y te escabulliste a tu casa para esperar.

El diablo vino a tu casa, se metió en tu cama, se pasó la lengua por los labios y suspiró. Por la mañana, se había ido y estabas vacío. Pasaron los días y el teléfono no sonó y pensaste, lo alimenté. Se acabó. Cuán

agradecido te sentiste entonces.

Hasta que llegó el martes y sonó el teléfono. Fue el diablo. Para ti.

Quiero, dijo. ¿No quieres?

Y no has deseado nada, pero ahora lo hiciste. Ese roer enterrado más profundo, hizo que las cosas duelan dentro de ti.

Aliméntame, dijo. Te sentirás mejor si lo haces.

Pero eso fue solo algo que dijo para engañarte. Sabías todo sobre los demonios y sus trucos. Este no fue el primero.

Tuviste trucos, también. Muriendo de hambre. Sufriendo. Ardiendo. Porque era cierto: podías combatir el fuego con fuego; simplemente no lo recomendabas.

El olor te hizo olvidar que eras vegetariana, luego vegana y luego asceta. Te hizo comer.

Te di de comer, dijiste. Vete.

Pero quería más. Te lo dije. Llamaba, llamaba y llamaba, rogándote sexo, y tu interior se hinchaba y tu cuerpo exigía la liberación, pero sabías cómo terminó esta historia y te resististe.

Si me amaras, susurró, harías esto.

Yo no, dijiste. Nadie te ama. Nadie te quiere

Se rió. Si no me quisieras, no estaría aquí. Me llamaste, ¿recuerdas?

No es así como sucedió, dijiste.

Eso es exactamente lo que sucedió, dijo. Ahora ve a la parada de camiones, la que tanto amamos, y ten sexo hasta que estés completo.

Así que fuiste a la parada de camiones y los cogiste, uno a uno, y los jodiste, y los extasiaste, y te olvidaste de lo vacía que te sentiste y te acordáste cuando la noche anterior fue una promesa que rompiste, y querías llorar, pero no pudiste porque la rompiste hace muchos años, ni siquiera Internet podría encontrar un reemplazo.

Cuando te quedaste sin hombres o se te acabaron, lo que sea que hiciste, volviste a tu casa con gruñidos que resonaban en tus oídos, y el demonio estaba allí esperando y te siguió escaleras arriba hasta la cama y se

arrastró entre tus piernas , y lamió y lamió.

¿Te gusta ese tipo de amor? le preguntaste al diablo y éste respondió: Amo el amor, y te quedaste dormida con el olor a azufre en tu pelo.

No se fue durante seis días y cuando finalmente desapareció, sufriste las más terribles quemaduras. Mierda pensaste.

Ese martes casi esperabas su llamada. Recogiste el primer anillo y los dos conversaron y fue casi agradable. Te deseó el infierno, pero respetuosamente, y se rió como frotando cuchillos en una piedra de afilar y... colgó.

Te quedaste allí sentada, con el teléfono en la mano, preguntándome cuánto tiempo estaría satisfecho, no demasiado, y qué sería lo siguiente, cuánto más podrías tomar y cuándo te dejaría ir y cuánto tiempo podría durar para siempre.

Estoy cansado, dijo el martes siguiente. Eres agotadora.

¿Sabes lo que necesitas? dijiste, apenas manteniendo el júbilo de tu voz. Una buena siesta de tierra.

No estaba convencido, pero lo engatusaste y aceptó venir y probar tu suciedad. Cavó una buena y profunda cama en su jardín, seis por seis por seis.

Te metiste una funda de almohada en la boca, mejor para dormir, lo prometiste, lo envolvió en tus sábanas manchadas como un faraón y lo arrojó al suelo.

Lo golpeaste con una pala; vertiste cemento sobre eso; llenaste la tumba y plantaste flores, corazones sangrantes y lirios del valle.

Te inscribiste para yoga los martes y alemán los jueves. Miércoles, lavaste. Viernes, limpiaste con inciensos tu alma. Dejaste de comer carne, luego lácteos, luego verduras, luego calorías por completo. Tiraste su teléfono, pero eso no importa porque el diablo tiene tu número.

Así que sigues mirando por la ventana y, un día, ves que la tierra se dobla y la casa tiembla y la tierra vuela y allí, en la puerta de tu casa, está el diablo.

Bosteza, se estira. Te ve a ti.

Tengo hambre, dice y tu estómago retumba.